

Trabajo y estrategias económicas en las explotaciones de Sanlúcar de Barrameda

Cristina Cruces Roldán
Universidad de Sevilla

1. INTRODUCCION

Durante las décadas de los años 80 y 90 estamos asistiendo en Andalucía a la difusión de la «nueva agricultura» o «agricultura de primor». Comprendemos bajo este concepto formas de producción agrícola con altos rendimientos por unidad de superficie, caracterizadas por su dedicación a cultivos extratempranos (hortalizas y flores, fundamentalmente), y por la elevadísima capitalización de las explotaciones que resulta del uso de nuevos implementos técnicos, tanto instalaciones fijas como equipos móviles. Estos dan lugar a un inconfundible paisaje de tierras regadas, invernaderos, microtúneles, acolchados y enarenados. El desarrollo de este fenómeno, y su circunspección a las pequeñas explotaciones familiares¹, debe entenderse dentro del proceso de globalización característico de la actual fase de desarrollo del capitalismo, en que la producción se desplaza hacia zonas donde el coste de la mano de obra es menor, y se impulsan o consolidan aquellos procesos caracterizados por la descentralización productiva.

La expansión de las «nuevas agriculturas» se inscribe en un marco de profunda integración del sector agrario en el conjunto de la economía, dentro de una general dependencia de la agricultura andaluza respecto a otros sectores económicos, lo que ha consolidado el doble mecanismo de extracción de la renta de la tierra: el monopolio de la comercialización y la provisión de insumos industriales por parte de los sectores financiero, industrial y de servicios. En un contexto de disminución de efectivos agrarios y subsidiación de los excedentes estructurales, y de merma relativa del producto agrario respecto al producto total bruto de la economía andaluza, el elevado consumo de agua y productos fitosanitarios que requiere la «nueva agricultura» está provocando, de otro lado, graves efectos ecológicos, cuales sean la saturación de los acuíferos, o el alza de los niveles de contaminación y las tasas de erosión.

1. La «nueva agricultura» suele localizarse en pequeñas unidades productivas: el 81% de las explotaciones del litoral andaluz son menores de 5 ha. aunque con contrastes. La dimensión media en el Condado Litoral de Huelva, por ejemplo es de 8,73 ha, y en el Campo de Dalías sólo de 1,41 (Fuente: *Censo Agrario de España*, 1982).

El litoral andaluz, dotado de unas condiciones climáticas y edafológicas privilegiadas, se ha erigido en baluarte principal de la «nueva agricultura», si bien los condicionantes geográficos² sólo se han convertido en factores de catalización en función de un conjunto de elementos externos a los propios cultivadores, que han servido de acicate para la adopción de estas revolucionarias formas productivas: el desarrollo de los mercados de exportación, las nuevas modalidades de comercialización y *agrobusiness*, y la labor de la Administración. Así, a la vez que las viejas alternativas de trabajo agrícola se reducían sensiblemente, el libre mercado ofertaba innovaciones y abría nuevas vías de comercialización exterior, fundamentalmente a los países del norte europeo, que han servido, a su vez, para introducir nuevos *inputs*: química agraria, industria biológica, en forma de semillas y esquejes seleccionados, y técnicas avanzadas, como el riego localizado. Del mismo modo, los planes de infraestructuras y proyectos (políticas de colonización y regadío) y la generalización de subvenciones y prestaciones sociales (RD 808/1987 y RD 1887/1991, subsidio de desempleo agrario) han funcionado respectivamente como impulsores y respaldos para la adopción de las novedades de cultivo. Se ha relocalizado así una parte del excedente humano liberado en los procesos de modernización de la agricultura andaluza de las últimas décadas gracias a la fijación a la tierra que permite el reparto en regímenes de agricultura intensiva, lo que asegura, al menos parcialmente, el mantenimiento del orden social.

Razones históricas explican también la generalización de la «nueva agricultura» en pequeñas explotaciones, como sucede en el litoral mediterráneo con las rotaciones efectuadas en antiguos montes, cultivados inicialmente en secano, y en el occidente andaluz con la ocupación de bienes de propios o tierras comunales, y con los procesos de transmisión intergeneracional de explotaciones familiares vividos en localidades caracterizadas por la mayor distribución de la propiedad. Este es el caso de la Costa Noroeste de Cádiz, que, frente al tópico de la Andalucía latifundista, se erige como una zona de claro predominio del minifundismo.

La introducción de la «nueva agricultura» en el litoral andaluz se produjo a mediados de los 70 a través de «frentes pioneros»³. Ha sido la actuación de proce-

2. La formación geológica reciente de los suelos, predominantemente arenoso, ha sido una condición estructural para el asentamiento de la agricultura de primor, hoy localizada tanto en zonas antes minusvaloradas, e incluso rechazadas como posibles terrenos para el cultivo agrícola, cuanto en comarcas trabajadas desde antiguo por el hombre. Por su parte, los condicionantes climáticos son cosustanciales a la «nueva agricultura», que ocupa franjas territoriales de alta insolación pero con temperaturas limitadas por los regímenes de escasa oscilación térmica característicos del litoral, en que se elimina el peligro de heladas.
3. Sobre todo, en el litoral mediterráneo, donde los cultivos forzados fueron de la mano de la colonización. En el Condado Litoral de Huelva se desarrolló en antiguos arenales, en tierras «de conquista», y hoy existe un casi monocultivo de fresón, mientras que en el Valle del río

Los similares sobre condiciones estructurales propias lo que ha dado lugar a modelos diferentes de dinamización agrícola, que MARQUEZ DOMINGUEZ (1988) denomina «subsistemas dominantes» de la «nueva agricultura». En cada caso, los factores locales han jugado papeles de catalización o bloqueo: la aceptación de los cultivos forzados ha tenido lugar siempre que no atentara contra actividades económicas ya firmemente asentadas, o para las cuales representara una sólida competencia, o cuando no se enfrentara a una agricultura a tiempo parcial compaginada con otras actividades de tipo industrial o de servicios.

El éxito de la «nueva agricultura» se vive en los años 90 bajo la falaz imagen que identifica a Andalucía como la «nueva California europea». Ciertamente, la difusión de los cultivos de exportación -paralela a la externalización plena de Andalucía, su integración en el capitalismo de estado y los mecanismos supraestatales de regulación política- lleva consigo un drástico cambio, sobre todo a efectos de productividad, respecto a las formas tradicionales de pequeña agricultura serrana o campesina del interior. A nivel microsocio, su extensión tiene también un marcado reflejo en las nuevas **estrategias económicas de los grupos domésticos** que trabajan las pequeñas explotaciones de nuestra franja costera, así como en los viejos y recientes componentes técnicos, sociales e ideáticos, de las **culturas del trabajo** de los hombres del campo andaluces⁴.

Estos efectos hacen necesaria una doble revisión crítica a la lateral definición de la «nueva agricultura» como subsector *punta* en el conjunto de la economía andaluza, basada las más de las veces en estrictas consideraciones economicistas macroeconómicas. Se hace obligado atender al funcionamiento de los factores de producción en el marco microeconómico de las propias familias de productores, plenamente insertas en el capitalismo agrario, pero que hacen uso de elementos sociales y culturales en sus procesos de toma de decisión. Nuestra hipótesis principal es que las formas de producir características de la «nueva agricultura» andaluza sólo pueden mantenerse, en un contexto de irregularidad e indefinición de

Verde y Almúñecar, la aparcería ha sido a menudo el régimen de explotación de los campos de chirimoyos y nísperos. En Níjar y el Campo de Dalías destaca el cultivo de hortalizas extratempranas, que crea una demanda de fuerza de trabajo que provoca un cierto flujo inmigratorio. Frente a ello, en la Costa Noroeste de Cádiz la demanda de mano de obra asalariada es mucho menor.

4. Entendemos por *culturas de trabajo* el conjunto de saberes y habilidades técnicos, así como los componentes sociales e ideáticos, que son compartidos como consecuencia de la común inclusión en los procesos productivos. El alcance de estos elementos, resultantes de las experiencias de trabajo concretas (técnicas y sociales), impregnará otros ámbitos de la vida social de los individuos, más allá de la esfera estrictamente laboral. Para MORENO (1991), la cultura del trabajo, el género y la etnicidad serán los tres elementos estructurantes de lo que denomina la *matriz identitaria* de los grupos sociales.

precios y alza generalizada del costo de los inputs, por la existencia y la aplicación de una lógica económica basada en el balance consumo/trabajo y en la capacidad de sobreexplotación de la mano de obra familiar, que se concreta en la falta de remuneración de la fuerza de trabajo en términos de mercado⁵. Mientras que la base de la organización y reproducción de la gran empresa capitalista es el beneficio, ya que no hay relación entre el consumo del trabajador y la organización empresarial, en la pequeña explotación hay una falta de requerimiento estructural de la plusvalía: la recreación de la integridad del grupo doméstico como unidad de «consumo productivo» (aquel que permite que se mantengan o incrementen los medios de producción para los ciclos siguientes) y «consumo personal» (producto social creado y distribuido de tal modo que los productores directos puedan participar en el siguiente ciclo productivo) es la condición básica de la reproducción de la pequeña producción doméstica, donde el consumo personal y la producción neta serían estructuralmente idénticos (FRIEDMANN, 1976 y 1980).

De otro lado, las decisiones que tienen que ver con el «deber» familiar, componentes afectivos y otros de carácter cultural, que no suelen incorporarse en los flujos de los factores de producción, entran y se realizan en el circuito económico a través de las economías domésticas. De tal modo que las formas de producir de la agricultura familiar, que, para algunos, representarían una anomalía o una paradoja en un mundo dominado por los monopolios⁶, quedan perfectamente articuladas con la lógica de acumulación ampliada de beneficio característica del sistema capitalista, y permiten realizarla externamente.

Entre los años 1990 y 1992 realizamos una investigación que, con el título *Navaceros, «nuevos agricultores» y viñistas. Las estrategias cambiantes de la agricultura familiar en Sanlúcar de Barrameda*, tenía como propósito analizar la reorganización de las estrategias económicas de los explotadores directos de esta locali-

5. Ambos conceptos fueron utilizados por CHAYANOV, que afirmaba que las familias campesinas adaptan sus esfuerzos a sus necesidades, existiendo un equilibrio marginal entre el *desagrado* que produce un esfuerzo suplementario, y la *satisfacción* que se obtiene del producto de ese esfuerzo. El cálculo de las economías campesinas se regiría por la globalidad de los ingresos anuales, sin atender a las aportaciones singulares en trabajo de sus miembros (CHAYANOV, 1974). El concepto «autoexplotación familiar» referiría entonces a la capacidad de trabajar más, sin necesidad de recibir a cambio e inmediatamente beneficios proporcionales al trabajo empleado. Es evidente que, para su adecuación metodológica, tales conceptos no se pueden disociar del tipo de agricultor, y que el concepto «autoexplotación» es incongruente con el ortodoxo de «*explotación de asalariados de quienes se extrae una plusvalía*», en el modo de producción capitalista (uno, en teoría, no puede «explotarse a sí mismo»). Lo cual no quiere decir que en las familias no haya explotación interna de unos miembros por otros, ni, de otro lado, explotación externa.
6. Sobre este debate, v. RODRIGUEZ ZUÑIGA, M, y R. Soria, 1985 y PEREZ TOURIÑO, 1983.

dad gaditana como consecuencia de la irrupción y la adopción de la «nueva agricultura»⁷. Su argumento central, en torno al concepto *estrategia*, refiere a los procesos de toma de decisión y elaboración de planes de acción orientados a satisfacer objetivos en el seno de los grupos domésticos agricultores, entendiendo que las estrategias están orientadas por constricciones, externas e internas, materiales y culturales, que permiten un mayor o menor margen de opción, induciendo, mediatizando o limitando las decisiones y acciones. La operatividad del concepto «estrategia» radica en que, a pesar de tales constricciones, se conceden a individuos y grupos ciertos grados de voluntarismo y creatividad, a través de los cuales se verifican diversas respuestas en los procesos dinámicos de la sociedad⁸.

Utilizaremos la expresión «grupo doméstico», entendiendo que las familias campesinas no deben identificarse como un todo compacto. Tal argumento anularía las relaciones de explotación interna, las fricciones y el juego de poderes que en ellas se producen, básicamente en relación con la doble jerarquía «hombres/mujeres» y «padres/hijos». Debido a las especiales características que adquiere la producción familiar, las estrategias económicas adoptadas *por* o *dentro de* los grupos domésticos no se guían exclusivamente por la racionalidad económica formal, entendida como un mecanismo unidireccional, ni por prácticas de pura maximización monetaria. Tanto en la organización interna como en las proyecciones de trabajo más allá de la esfera laboral, los vínculos familiares y grupales, ciertas prácticas colectivas de solidaridad, y también componentes simbólicos y normativos de la cultura, juegan un papel destacado, que en el caso de Sanlúcar tienen el claro objetivo de la reproducción social, es decir, la perpetuación de la base económica (bienes del grupo doméstico que constituyen medios de producción) de una generación a otra.

Para presentar algunas de las conclusiones fundamentales de nuestro trabajo, nos centraremos en el proceso de transformación vivido en los sectores sociales agrarios de Sanlúcar, y en la materialización de las nuevas estrategias económicas en el incipiente sector social de los «nuevos agricultores» sanluqueños. Creemos que la Antropología, como disciplina que atiende a la explicación omnicompreensiva de la diversidad cultural, puede aportar una interesante dimen-

7. La investigación se convirtió en la Tesis Doctoral de la autora, que la realizó como Becaria de FPI dentro del Grupo de Investigación, parcialmente financiado por la DGICYT, *Transformaciones económicas y cambio sociocultural en el campo andaluz*, dirigido por I. Moreno Navarro. Algunas publicaciones sobre la misma están reseñadas en la bibliografía final.
8. Este es el debate planteado entre el «individualismo metodológico» (defensa del método del individuo como agente o sujeto social que toma decisiones) y los sistémicos (que insisten en el recurso a los procesos más amplios para explicar los comportamientos individuales). Para ampliar el debate y el concepto mismo de «estrategia», ver MARTINEZ VEIGA (1990), y BARLETT (1980a, 1980b).

si3n anal3tica y metodol3gica a determinaciones que, en 3ltima instancia, se realizan en la esfera de lo econ3mico, pero que alcanzan al conjunto de la vida social de los actores en ellas implicados.

2. SANLUCAR DE BARRAMEDA Y LA AGRICULTURA DE PRIMOR: EL PASO DE NAVACERO A NUEVO AGRICULTOR

Los municipios de la Costa Noroeste de C3diz comparten similares caracter3sticas en lo que refiere al medio natural (formaci3n de dunas litorales, climas templados), las actividades econ3micas (base fundamentalmente agr3cola, con cierto desarrollo de la pesca y el turismo) y la estructura de la propiedad, caracterizada por la existencia de un alto n3mero de peque1as explotaciones⁹. Sanl3car de Barrameda, con casi 60.000 habitantes, tiene una estructura econ3mica diversificada en el sector agrario, donde hortalizas y flor cortada comparten protagonismo con la vi1a y el secano extensivo. Destacan tambi3n la afamada industria bodeguera local y un sector servicios caracter3stico de ciudades medias, as3 como una tradici3n comercial vinculada a su localizaci3n en la desembocadura del Guadalquivir.

Sanl3car se convirti3 desde la segunda mitad del siglo XIX en uno de los centros m3s importantes del movimiento obrero andaluz. Las constantes reivindicaciones laborales denotaban la extrema polarizaci3n de su estructura social, compuesta, de una parte, por los grandes propietarios a veces bodegueros, y, en el otro extremo, los jornaleros sin tierra. En un estrato intermedio se situaban los medianos propietarios o *mayetas*, y, m3s cerca de los braceros, los peque1os propietarios de huerta o vi1a, intermitentemente jornaleros a su vez, que serv3an como mano de obra colch3n para medianas y grandes propiedades, y que se aliaron pol3ticamente con los jornaleros sin tierra. La experiencia sociopol3tica ha proporcionado algunos de los elementos m3s destacados de la cultura del trabajo de la clase obrera y peque1o-propietaria sanluque1a, que se convierten, como veremos,

9. Seg3n el Censo Agrario de 1982, la distribuci3n exacta por municipios en la Costa Noroeste de C3diz es la siguiente:

MUNICIPIO	TOTAL EXPLOTAC. CON TIERRA	EXPLOTACIONES POR INTERVALOS (en has.)					
		0,1-5	5-10	10-20	20-50	50-100	>100
CHIPIONA	1.150	1.089	37	15	5	3	1
SANLUCAR	1.812	1.628	43	42	79	6	14
ROTA	1.010	783	105	82	28	9	3

en motivaciones para las acciones estratégicas, aún cuando la estructura social tradicional haya sufrido importantes remodelaciones¹⁰.

Otro factor que entendemos de decisiva importancia para explicar el éxito de la «nueva agricultura» sanluqueña es la existencia de una larga tradición de horticultores, los *navaceros*, afamados en toda la comarca por la calidad y lo temprano de sus productos. Estos cultivaban primorosamente unas particulares explotaciones arenosas denominadas *navazos*, de pequeña extensión, excabadas en el terreno en forma de cubeta, de tal modo que, en origen, las plantas se regaban naturalmente con los flujos y reflujos de las mareas, y la raíz encontraba a una distancia accesible la capa freática, dispuesta sobre un manto impermeable. El suelo del navazo tenía altos niveles de exposición solar, y gozaba de un microclima templado, carente de vientos gracias a la acumulación de tierras en bardos o lomos laterales de la tierra excavada.

Hasta los años 60, los navazos eran unidades de explotación integradas y diversificadas, dedicadas al cultivo familiar de hortalizas y tubérculos, cuyo destino preferente era el mercado, además de otras producciones marginales y el cuidado de ganado para el autoconsumo. Los grupos domésticos navaceros residían en chozas y casas junto a la explotación, formando un paisaje diseminado en la corona de ruedos del municipio. Los navazos más productivos eran los famosos *navazos de la playa*, aunque seguían la línea de costa y alcanzaban por el norte hasta la Colonia Agrícola del Monte Algaida¹¹.

Los antiguos navaceros sufrieron una **primera crisis de reproducción** en los años 60, motivada por los efectos de la mecanización agrícola y la *revolución verde*. Sus pequeños predios, resultantes de los sucesivos traspasos intergeneracionales de la propiedad, no siempre podían permitir la subsistencia de todos los hijos -el reparto de la tierra era preferentemente patrilíneo- en el nivel de intensificación existente. Si bien los navaceros habían sido desde siempre propietarios-jornaleros (trabajando según un régimen mixto denominado *peoná y rato*),

10. En la actualidad, la sociedad sanluqueña no es una transposición sin más de los sectores sociales relacionados con la explotación de la tierra; las «nuevas clases medias» han hecho su aparición, vinculadas a otros sectores de actividad, los grandes propietarios se han visto forzados a la reconversión o la desaparición; cada vez se necesita más tierra para definirse *mayeta*; el jornalero sigue sometido al desempleo, el subempleo y la economía informal, aunque con una entrada de renta fija (el subsidio); hay colectivos sociales emergentes, como los cooperativistas de trabajo asociado, y, como se verá, los pequeños agricultores se han dividido entre el modelo crítico de los viñistas, cada vez más proletarizados, y la doble reconversión de los navaceros tradicionales en *navaceros intensivos* y «nuevos agricultores».
11. Para una explicación del proceso de evolución de esta colonia, que ha llegado hasta hoy como una de las zonas más dinámicas de Sanlúcar, ver CRUCES, 1994c.

sus hijos se vieron abocados entonces a una nueva proletarización, a través de dos estrategias: la troncalización de la herencia a través de uno de los hijos varones, o el reparto a partes iguales. Esta última opción conllevaba la generalizada conversión de los hijos de navaceros en agricultores a tiempo parcial, que combinaban las faenas en la explotación propia con el trabajo como asalariados, ya no sólo en la agricultura, sino en múltiples sectores de actividad (construcción, servicios, industria...), y en ocasiones pasando por la emigración.

Como respuesta a esta crisis, los navaceros ampliaron el terreno cultivable para huerta, incorporando como tierra de regadío una porción de antiguos zonas de frutales y de viña y ocupando tierras públicas (desde vías pecuarias a franjas completas del Monte Pinar comunal) antaño dedicadas a pastos. Y sobre todo, se reformó la estructura de muchos navazos al allanarse en parte los bardos laterales, con lo cual se obtenía una mayor superficie. Todo ello gracias a la generalizada motorización y mecanización, que se vincularon en estas fechas sobre todo al riego (motobombas) y la labranza (motocultores mecánicos). Fue este un periodo de implantación de nuevos cultivos (tomates, zanahorias) y de transformaciones en la comercialización (apertura de los mercados de exportación a través de lonjas al mayor y de cooperativas de pequeños propietarios), aunque el gran salto adelante hacia los *agronegocios* será más tardío, e irá de la mano de la propagación de la flor cortada.

Con estos arreglos se permitió que los navaceros materializaran parcialmente su estrategia de reproducción social familiar. En los años 70 seguían siendo agricultores muy innovadores, que se habían sabido acomodar, al menos temporalmente, a las reformas externas e internas al propio grupo doméstico. Sin embargo, la readaptación a la primera crisis de reproducción no fue suficiente: desde 1973-75 a los años 90 se ha experimentado un periodo crucial, de intensificada penetración capitalista en el campo. La continuidad del sector social navacero ya reorganizado se encontró con lo que denominamos su **segunda crisis de reproducción**, en que la forma tradicional del navazo se encontraría con una fase crónica y definitiva. Su capacidad de reproducción como unidad social de producción se agotaba por la insalvable contradicción entre varios factores: a) la liberación objetiva de una parte de la mano de obra familiar, que se mantenía, e incluso se había incrementado durante los años posteriores a la *revolución verde* y la mecanización; b) la estructura y características del medio de producción fundamental, el navazo, sólo parcialmente intensificado y siempre reducido, y c) los objetivos de reproducción social del grupo, entendidos como el ideal de mantener al mayor número posible de los miembros de la familia como propietarios de medios de producción propios.

La decisión era evidente: si se sostenía el reparto entre los hijos sin generar un paralelo aumento de la productividad, éstos habían de conseguir ingresos alter-

nativos que, presumiblemente no procederían de su condición de propietarios, sino del carácter de trabajadores por cuenta ajena, incluso en el caso de que cada hijo mantuviera su «pedazo» como ocupación secundaria, a tiempo parcial. Se podía, de otro lado, circunscribir la herencia exclusivamente a una parte de los descendientes -o incluso uno solo- y así al menos algunos miembros del grupo, pero solamente éstos, asegurarían una relación semejante respecto a los medios de producción. Una serie de factores concatenados ofreció la posibilidad de una tercera vía, que permitía a la vez el reparto a un mayor número de hijos y su reproducción social exclusivamente como pequeños propietarios: la «nueva agricultura». La decisión, obviamente, pudo cristalizar por la concurrencia de factores de índole externa, a que nos hemos referido con anterioridad, y estuvo fomentada tanto por los bajos costes de oportunidad cuanto por la favorable estructura de la propiedad que presenta el municipio¹².

La opción por incorporarse o no a la «nueva agricultura» daría lugar a la disociación de los navaceros tradicionales en dos sectores sociales distintos: los *navaceros intensivos*, definidos por adoptar una intensificación limitada, y los «*nuevos agricultores*», trabajadores directos en pequeñas explotaciones techadas (invernaderos), que se caracterizan por el alto grado de tecnificación de explotaciones muy pequeñas, la elevación de la composición orgánica del capital, la mayor escala de la producción, el aumento de rentas brutas anuales, la exigencia de capitalización con encarecidas inversiones y la relación subordinada a los canales de comercio internacional. Todo ello ha corrido en paralelo a unos altísimos grados de intensificación del trabajo familiar, muy habitualmente en forma manual.

Actualmente, la «nueva agricultura» sanluqueña es el resultado de la formación de nuevas unidades de producción a partir de la «unidad madre» del navazo, extendidas a través de ondas expansivas en distintos pagos del municipio. En el paso de navacero a nuevo agricultor confluyeron familias ya establecidas, con hijos, cuyas *ratios de dependencia* (relación productores/consumidores) eran desfavorables, que eligieron la intensificación como forma de maximizar los beneficios de la explotación, e hijos jóvenes de navaceros, o «nuevos agricultores» incipientes, por lo general cercanos al momento de la escisión de la familia de orientación y que habían recibido o recibían en breve la parte de su «herencia en vida». Ambos modelos se mantienen en nuestros días, aunque, más adelante, la conversión ha afectado parcialmente a otros sectores sociales, como pequeños viñistas, ganaderos y parcelistas, en terrenos semimarginales. Pero fueron los navaceros y horticultores

12. Nuestras propias estimaciones -en que la atomización es mucho más evidente que en las cifras oficiales, puesto que los sucesivos repartos intrafamiliares no suelen formalizarse- sitúan la media de extensión de las explotaciones de huerta regadas en 5.000 m², y de los invernaderos en 2.500 m².

tradicionales quienes sirvieron como conductores a este proceso: el éxito de una producción que a la vez requiere dedicación continuada y especial esmero en el tratamiento de la planta, no sólo se cimenta en la adecuación del medio físico o los factores externos. La forma productiva de la huerta y del navazo sanluqueños, antes de la renovación de los años 80, ya participaba de aquellas condiciones.

3. LAS ESTRATEGIAS ECONOMICAS DE LOS «NUEVOS AGRICULTORES» SANLUQUEÑOS: FACTORES PRODUCTIVOS Y REPRODUCCION SOCIAL

La implantación de nuevas técnicas y cultivos, la organización del trabajo, la construcción de la «bolsa doméstica común», y las justificaciones ideológicas de las familias de «nuevos agricultores» sanluqueños se inscriben en el marco de estrategias de reproducción social ampliada, que son el efecto más destacado de los procesos de intensificación vividos en la agricultura familiar del litoral gaditano.

3.a. *El ámbito de la producción*

La base de la «nueva agricultura» es el forzamiento extremo de los procesos naturales de crecimiento de la planta (gracias a los tratamientos fitosanitarios intensivos, las flamantes infraestructuras, y las modernas variedades vegetales) y nuevas prácticas de atención al cultivo. Estas, como hemos apuntado, se inscriben en una línea de continuidad con las tradicionales navaceras, que permitían producciones extratempranas con periodos vegetativos cortos. La adopción de tales novedades no ha sido, sin embargo mecánica y uniforme, sino que ha ido generalmente dirigida hacia el **control del riesgo**, aunque sea a costa de la minimización temporal de los beneficios potenciales. La estrategia inicial de los «nuevos agricultores» es controlar las dimensiones del techado, que supone una mayor capitalización, y diversificar el cultivo -como hacen los navaceros-¹³ para atajar en lo posible la inseguridad asociada a las producciones más costosas. A partir de ahí se produce un proceso de progresiva intensificación, hasta alcanzar el casi absoluto monopolio de la flor, único producto que, a largo plazo, amortiza la inversión a la vez que permite un cierto beneficio.

13. De este modo, a la vez que se permitía una asignación flexible de la fuerza de trabajo, se disponía una máxima variedad de productos en el mercado, con lo cual, ante la inseguridad y falta de control sobre los precios, los bajos beneficios de un producto podían compensar los altos de otro. Gracias a las favorables condiciones ecológicas, la diversificación podía ser interanual, intraanual (varios cultivos continuados dentro de un mismo ciclo anual), en forma de pluricultivo (varias producciones a la vez dentro de un mismo predio), el cultivo trapeao (en forma de siembra escalonada de un mismo cultivo), por liga de terreno (asociación de matas diferentes en un mismo espacio) y liga de planteras (preparación previa de las matas incipientes de un cultivo alternativo para no dejar el terreno vacío ante una eventual pérdida del esquimo anterior).

La estrategia inicial es disponer fincas mixtas (invernadero/huerta) que facilitan la adopción de riesgos diversos en distintas zonas de la explotación. En los primeros momentos después del techado en muchos casos se mantienen conjuntamente producciones de hortalizas y flores, a la vez que las familias van abandonando cultivos y actividades ahora ya consideradas marginales (frutales, pequeña viña asociada, cuidado de ganado o aves de corral), con una doble lógica: utilizar la mano de obra disponible en aras del mayor beneficio, y no desaprovechar ningún trozo de terreno para cultivos de dudosa rentabilidad. Las inversiones en semillas, esquejes e infraestructuras van siempre encaminadas al **equipamiento racional de la fuerza de trabajo**, con el claro objetivo de evitar la contratación de mano de obra asalariada. La superficie techada y la instalación de flores, que concentrarán más riesgo y a la vez un previsible mayor trabajo y beneficio, se regula en función de la *morfología de la familia* -número y cualidades de los miembros definibles como productivos-, y el *momento del ciclo doméstico*, en aras del cumplimiento de las estrategias de futuro previstas para los hijos. El cuadro inferior es muestra de estas estrategias recurrentes, y presenta la relación que se establecía en siete de nuestros grupos entre el concepto «miembros de la unidad familiar disponibles a tiempo completo» y «número de metros techados». Añadimos dos datos más: el número de metros cuadrados por cabeza que resulta como media (M²/M) y la distinción entre cultivo de flor y el de hortaliza.

CASO	EXTENSION TOTAL	N.º IN- DIVIDUOS	M ² TECHADOS	M ² /M	% DE LOS M ² TECHADOS	
					FLORES	HORTALIZAS
1	5.200 m ²	1	1.200 (23%)	1.200	58,3	41,7
2	15.000 m ²	3	3.500 (23,3%)	1.166	–	100,0
3	10.000 m ²	5	6.500 (65%)	1.300	46,2	53,8
4	4.700 m ²	3	2.800 (59,5%)	933	100,0	–
5	6.200 m ²	5	5.200 (83,8%)	1.040	80,7	19,3
6	2.600 m ²	2	2.300 (88,4%)	1.150	76,9	23,1
7	3.000 m ²	4	3.000 (100%)	750	100,0	–

Las cifras mismas nos proporcionan la media de metros cuadrados afrontables por cada trabajador bajo el plástico (en torno a los 1.000). Al superarse este número se producen correcciones, como sean el recurso a la ayuda de vecinos o parientes, o la contratación temporal. La adopción o no de flores, por su parte, varía en relación inversamente proporcional a la asignación de tierra por miembro productivo. Así, en el caso 7 cultivar flor es la forma más beneficiosa para no subutilizar la capacidad productiva de los cuatro trabajadores a quienes teóricamente se asig-

nan sólo 750 m². Por contraste, al aumentar las dimensiones de la explotación, bien puede mantenerse una parte más sin techar (caso 4), bien elevar el porcentaje de techado restringiendo la instalación de flores en favor de la huerta, que demanda menos trabajo (caso 5). El ejemplo más evidente es el caso 3, donde hay mucha tierra disponible, una extensión techada considerable, y un elevado número de miembros familiares (cinco) aptos para el trabajo. Mientras este último factor insta a nuestro informante a techar una proporción mayor -ya que la extensión total de tierra es más reducida- el ajuste lo hace reduciendo la proporción del cultivo más demandante de mano de obra (la flor: 3.000 m²) que ocupa algo menos que las hortalizas (3.500 m²).

Asimismo, porcentajes de techado muy semejantes pueden ser la respuesta a factores variados que actúan sobre causas comunes. En los casos 1 y 2, cuyos números absolutos tienen una diferencia de 1 a 3, el origen del mismo porcentaje es la complementariedad de una menor extensión de invernadero y una mayoritaria de huerta al aire libre. A esta táctica respecto a las instalaciones se suelen añadir otras de cultivo, y en todas ellas debemos considerar también una variabilidad intrínseca a decisiones personales, que no siempre son calculables en forma matemática: el hecho de sembrar flores supone para el primero (caso 1) un mayor esfuerzo. En este caso, no es desechable el dato de que el trabajador es un joven de 26 años, mientras que el segundo los tres trabajadores son el padre (de 59 años) y dos hijos jóvenes, lo que implica una diferencia en la calidad de la fuerza de trabajo. Sin embargo, entre los casos 5 y 6 la táctica varía: aunque el porcentaje vuelve a ajustarse a la razón «m² disponibles/recursos humanos», la menor cantidad de terreno de «5» favorece decíamos la mayor decisión hacia la flor.

En relación con la segunda variable (ciclos domésticos y cumplimiento de las estrategias de futuro previstas para los hijos), constatamos que la renovación de la huerta en invernaderos se produce escalonada y ampliamente. Lo más común es que, una vez alcanzada la desmembración de cada uno de los vástagos, la reforma se detenga, y en el interior de la antigua explotación se reconozcan diversos grados de inversión y riesgo, así como las diferentes metas estratégicas a que se han encaminado las decisiones. A partir de ahí, cada una de las explotaciones entrará en una dinámica particular en función del ajuste producción/consumo del grupo doméstico, si bien la mayoría de las familias atraviesan por tres situaciones: venta de la viña o abandono de otras actividades, combinación huerta/flor, y dedicación exclusiva a la flor. Sólo en casos de insuficiencia de la finca suele precipitarse el acuerdo «techado-cultivo de flor» al 100%. En todo este proceso, lo realmente destacable es que, al final, la «nueva agricultura» amplía el alcance de las antiguas fincas: la estrategia de reproducción social basada en la transmisión patrimonial alcanza a un mayor número de hijos y favorece la estabilización de la población agraria.

3.b. *La nueva división del trabajo*

La irrupción de la flor ha supuesto la aparición de nuevas secuencias productivas, que requieren la formación de grupos de actividad muy especializados. Su ciclo dura 8 meses en cada año agrícola, sin incluir las labores preparatorias (abonado, desinfección y labranza del invernadero), la previa instalación de eras o mesillas (montículos donde se sembrarán los esquejes), el entutorado (colocación de soportes que sujetan las flores) y la plantación. Los tratamientos con productos fitosanitarios son continuos, así como el riesgo de alta frecuencia y el sombreado del plástico. Pero, sobre todo, son el *pinzado* (poda de formación), el *desbotonado* (eliminación de brotes y flores no comerciales) y el *remetido* de la flor (redireccionamiento de los esquejes en las redes) las faenas más demandantes de mano de obra. La recolección, momento punta del ciclo, que se compatibiliza con otras faenas, y en que no se permiten límites horarios, tiene lugar de octubre a mayo, mes en que la planta florece ya en el norte de Europa y se cierra la campaña de exportación.

Los más destacable en estas fechas es que la comercialización induce **pequeñas economías domésticas de transformación** que implican más trabajo añadido: selección, clasificación, limpieza y confección de ramos. El «arreglo» se realiza en garajes y cobertizos cuando no hay luz solar, y se alarga cuanto sea preciso, incluso hasta la madrugada, de modo que las flores queden preparadas para su transporte al mercado por la mañana. Estas faenas de manipulación ocupan aproximadamente la mitad de las horas necesarias en el corte, y en ellas la familia lleva a cabo un pequeño proceso de integración vertical, si se quiere muy primario, cuyo modelo más habitual es la simultaneidad en la distribución de faenas, es decir, la realización a la vez de varios y distintos trabajos coetáneos a nivel de grupo, pero especializados desde el punto de vista de las personas que lo ejecutan. Ante esta intensificación del trabajo, toda la mano de obra disponible se hace indispensable para la explotación, por pequeña que ésta sea. Ancianos y niños han de dedicarse aunque sea parcialmente a labores que requieren menos esfuerzo pero muchas horas, acompañando a las generaciones de padres e hijos en edad de trabajar, que se incorporan masivamente a las faenas.

Frente a las grandes empresas de producción flor cortada -que, aunque en un principio asumieron la opción floricultora, finalmente no han podido encajar los elevados costes de producción de la «agricultura de plástico»- la lógica económica subyacente en la familia agricultora es la comprensión de todos los ingresos en un moto global, materialización de la propia familia, del que no se extraen asignaciones particulares, y al que todos contribuyen no sólo para afrontar las necesidades de subsistencia, sino también como un *deber moral*. Así sucede en el caso inferior, en que, aunque el hermano de más edad mantiene su trabajo como asalariado, las

dos hermanas y el hermano menor contribuyen diariamente al trabajo en el invernadero de 3.200 m². El padre cuida también junto al hijo mayor una parte de la huerta sin techar; la madre ha de compaginar el «arreglo» con las tareas domésticas (a las que también se incorporan las hijas, parcialmente), y el abuelo de 76 años reside en la casa y suele ocupar algunas horas en la huerta y en el arreglo de la flor, colocando el sello de entrador, clasificando bolsas, y ocupándose en tareas que requieren la aplicación de menos fuerza física.

HORAR.	8-11 h.	11-12 h.	12-14 h.	14-15 h.	15-18 h.	18-20 h.	20-21 h.	21 y +
PADRE	CORTE HUERTA	BOCA-DILLO	HUERTA	ALMUERZO	HUERTA	REMIER	ARREGLO	TRANSPORTE
MADRE	FAENAS DOMESTICAS				FAENAS DOMEST.	ARREGLO DE FLORES		
HIJO 1	TRABAJO ASALARIADO				TRABAJO ASALARIADO	HUERTA		
HIJA 1	CORTE DE FLORES REMETIDO				FAENAS DOMESTICAS CORTE DE FLORES	ARREGLO		
HIJO 2	CORTE Y ACARREO DE FLORES				CORTE DE FLORES	TRANSPORTE		
HIJA 2	FAENAS DOMESTICAS				ARREGLO DE FLORES			
ABUELO	HUERTA				—	VARIOS ARREGLO		

El altísimo grado de autoexplotación familiar susceptible de activarse dentro de estas familias origina un **repliegue centrípeto** en las mismas: ya no sólo se trata de que las explotaciones familiares se mantengan, sino que incluso se dinamizan respecto al pasado, requiriendo inversiones y fuerza de trabajo crecientes, de máxima dedicación tanto en tiempo como en esmero profesional. La elevada sobreexplotación de acceso a los recursos y redistribución de los ingresos, de tal modo que las estrategias domésticas, antes que «de los grupos», son en la mayoría de los casos «trazadas dentro de los grupos», e incluso más bien podríamos hablar en muchos de ellos de «estrategias del cabeza de familia».

Elo es especialmente evidente en lo que refiere a los procesos de trabajo. Con la «nueva agricultura» se ha producido lo que denominaremos una objetiva **«feminización» del trabajo agrícola**: en un invernadero, la mujer no es el colchón de las ocupaciones externas de los varones del grupo, sino que las tareas a ellas asignadas (selección, envasado y manipulación básica de las flores) son las que confieren el mayor valor añadido a la producción. Sin embargo, la participación de las mujeres se ha construido en el seno de la familia sin alterar los esquemas ideológicos previos sobre los géneros -incluso aprovechando algunos de sus contenidos- y sobre la idealización de la «lealtad familiar», que deben cumplir espe-

cialmente los componentes femeninos del grupo. La falsa consideración del trabajo agrícola como exclusivamente físico, sustentado en la fortaleza corporal, que ha conducido tradicionalmente a una valoración androcéntrica del significado de la propia idea de trabajo, es una justificación que sustenta que sean los hombres quienes se arroguen el protagonismo de las innovaciones y procesos de trabajo tenidos por centrales, (trabajar con el motocultor, regar, nebulizar), los requerimientos de fuerza física (acarreo, descarga), o la idea de conocimiento, de «saber de campo», además de la responsabilidad y la representatividad públicas. Acudir al mercado, pedir subvenciones, o recoger los albaranes, por ejemplo, se reservan a los varones.

Mientras, a las mujeres (novias, madres e hijas) se las sigue manteniendo en el ámbito de lo privado. Dentro de la familia no se califican como tareas especializadas ni que requieran dotes particulares aquellas que son difícilmente mecanizables, o ciclos de trabajo monótonos, entretenidos como la selección. Ambas se ven como tareas menores («*son horas pero no esfuerzo*»), valoradas como una extensión de cualidades atribuibles a las mujeres (primor, minuciosidad, delicadeza), como las mecánicas son atribuibles a los hombres. En todas estas construcciones ideológicas, que falsean la propia división técnica del trabajo, no se atiende a la resistencia física que exige, por ejemplo, soportar los altos grados de calor dentro del invernadero. Su interiorización, sin embargo, llega al punto de que las propias mujeres llegan a estimar su trabajo dentro del plástico o del cobertizo como una reducción del esfuerzo y un menor desgaste corporal, y centran en estos aspectos algunas de las diferencias de la «nueva agricultura» y la «agricultura tradicional» o el «trabajo masculino de la tierra», como se expone en testimonios como estos: «*El trabajo este es entretenido, y se hace en la casa*», «*Lo peor es remeter, pero, vamos, aquí (en el garaje, haciendo ramos) lo único es que estás a pie parado. Peor es vendimiar*». Se hace indispensable, por tanto, resaltar la clara contradicción entre el carácter estructural que la contribución femenina tiene en la mayoría de estas pequeñas empresas familiares, y el mantenimiento de los esquemas patriarcales en los procesos de toma de decisión dentro de la familia y en los mecanismos de producción social de las explotaciones, cuya viabilidad se sustenta en parte, precisamente, en esta contradicción.

En otro orden de cosas, ciertos componentes de los **intercambios recíprocos no desiguales** practicados por los antiguos navaceros, y que tienen que ver con el fuerte componente de solidaridad de sus culturas del trabajo, han jugado un importante papel en la organización de los nuevos procesos productivos. Ante una demanda laboral no asumible por los efectivos familiares, lo más habitual es, antes que contratar, recurrir a alguno de los mecanismos de «economía moral» característicos de las economías campesinas con el objetivo de evitar costes salariales. Nuevas formas de *tornapeón* (ayuda mutua y recíproca de los propietarios de

explotaciones, que se realiza de manera alterna en las fincas de unos y de otros) como el techado conjunto de los invernaderos, la transmisión comunitaria de la información, los flujos de ayuda mutua interfamiliar, la colaboración vecina, el intercambio de esquejes, y otras prácticas similares, llegan incluso a reflejarse en relaciones sociales y afectivas (por ejemplo, las relaciones de compadrazgo o la intensificación de la amistad) y sus efectos pueden reconocerse por la creación o revitalización de rituales de reproducción de identidades de carácter sublocal, o por el surgimiento de asociaciones de interés común en algunos de los pagos donde la «nueva agricultura» ha tenido un mayor desarrollo. Ejemplo de ello son las romerías de la Virgen de La Algaida, o la revitalización de la vida cooperativa, con antiguas entidades hoy en pleno funcionamiento, y el surgimiento de otras nuevas.

Por último, merece destacarse la reproducción de ciertos elementos de la **cultura del trabajo** tradicional navacera, cuales sean la forma de interiorización, y a la vez de organización, de los recientes procesos de transformación agraria, incluidos los de trabajo, como factor que ha facilitado las transmisiones de las innovaciones. Además de otras cuestiones, como la identificación de los «nuevos agricultores» con la clase jornalera en el entramado sociológico del municipio, o la concepción de la tierra con el doble carácter de bien patrimonial y simbólico, y cargado de motivaciones afectivas, hay una continuidad entre antiguos navaceros y «nuevos agricultores» en lo que se refiere a la idea del derecho a la dignidad del hombre por el trabajo, que sirve para defender a ultranza la única ideología autojustificadora de sus condiciones laborales: la honorabilidad, la *caliá* (calidad: deseo de trabajar y a la vez capacidad y conocimiento), y el *cumplir* con el deber, característico de los trabajadores del campo andaluz¹⁴. El trabajo «bien hecho», un símbolo de honestidad en la antigua cultura navacera, es resultado del «tiempo continuo», la disciplina, lo que se verbaliza como «afición», componentes culturales interiorizados y que permiten hoy sostener los altos niveles de autoexplotación a que se ven obligados los «nuevos agricultores». Los fuertes requerimientos del invernadero se ven, entonces, como una extensión natural de la profesión, se *fetichizan* bajo el cálculo de una remuneración «más alta», en términos globales, que la obtenida en épocas pasadas del tiempo de trabajo invertido por la familia.

Sin embargo, el orgullo del trabajo «bien hecho» o la personalización del objeto de trabajo con que el navacero entendía tradicionalmente el íntimo trato con la planta, encuentran ahora una contradicción con la necesidad de una mayor productividad. No olvidemos que el objeto de aprendizaje se ha transferido de las fluctuaciones del medio físico a nuevos espacios de trabajo, enmascarados por el plástico y divididos en «vertical», no en «horizontal», como el campo al aire libre. Con todo

14. El «cumplir», la «unión» y el «reparto» constituían para MARTINEZ ALIER sus referentes básicos (1968).

ello se altera, además de los ciclos de trabajo, todo un sistema de representaciones ideológicas ligado a la horticultura tradicional, en el cual *campo* y *naturaleza* eran la misma cosa. Las experiencias prácticas de los «nuevos agricultores» están incluso haciendo cambiar el doble significado de la tierra al que hemos hecho objetivo preferente en la formación de patrimonios familiares, en favor del de su consideración como soporte de la intensificación productiva.

Pero, sobre todo, un importante componente cultural destaca en la masiva adscripción a la agricultura de primor desde mediados de la década de los 80. Frente a las explicaciones reduccionistas de los procesos de toma de decisión, el caso sanluqueño se explica, en parte, por el peso y alto valor otorgado por los campesinos a la autonomía, producto de la memoria histórica de explotación que retiene estos trabajadores, y que ha servido como acicate a la adopción de estrategias maximizadoras del riesgo, pero percibidas como mejores que la sumisión y dependencia del patrón. Retomaremos este argumento en el apartado siguiente.

3.c. *Rentas domésticas y estrategias económicas*

Las economías domésticas de los «nuevos agricultores» comprenden tres partidas de gasto: la casa, los desembolsos de campaña, y, muchas veces en proporción mayor a las anteriores, la amortización de los créditos. La centrabilidad de la deuda financiera en sus contabilidades se debe a los altos costes de las inversiones: la primera instalación de un invernadero puede suponer unas 1.000 pesetas/m² de media, a las que hay que añadir otra cantidad similar de capital circulante anual. Nuestros cálculos para la campaña 1990-1991 alcanzaban las cifras siguientes para 1.000 m² de superficie techada, en los dos años del ciclo:

CAPITAL INVERTIDO FINAL Y PORCENTAJES DEL TOTAL DE LA INVERSION

	PRIMER AÑO	%	SEGUNDO AÑO	%
CAPITAL INMOVILIZADO	2.019.500	36,52	—	—
CAPITAL CIRCULANTE	2.010.100	36,35	1.499.700	27,13
TOTAL ANUAL	4.029.600	72,87	1.499.700	27,13
TOTAL	5.529.300			

A las cantidades anteriores habrían de detrarse en la mayoría de los casos los costes de los salarios (1.200.000 y 1.150.000 pesetas, respectivamente), sustituidos por la mano de obra familiar; única estrategia que, a medio plazo, hace viable una empresa de este tipo. De otra parte, hemos constatado una cierta reticencia por parte del agricultor a la intromisión que un trabajador supone en el ámbito

de la privacidad doméstica, así como a la de soportar la fuerte carga simbólica que representa dar la imagen pública de «patrón», de tan negativo recuerdo histórico en una localidad de Sanlúcar.

En relación con los **ingresos familiares**, las fluctuaciones de los precios de los productos provocan contabilidades muy distintas según el año agrícola. Si para nuestro trabajo de campo (años 1990-91) un invernadero de hortalizas de 2.000 m² suponía una media estimada de 1.524.000 pesetas brutas, combinado con flores 1.867.000 y exclusivamente de flores 3.014.000 pesetas, en 1994 la flor puede haber multiplicado su rentabilidad por 1,5, gracias no tanto a la subida del precio de la vara cuanto a las sucesivas devaluaciones de la peseta. A ello habría que descontar una cantidad entre el 20 y 25% de gastos corrientes de la explotación, y, en su caso, la amortización del préstamo. Ambos conceptos alcanzaban en los grupos domésticos analizados el 46% de media respecto al total de ingresos.

Por otra parte, la elevación absoluta de las rentas finales anuales de las familias nuevo-agricultoras no está dando lugar a sustanciales alteraciones en los gastos ordinarios de la casa, sino que se desplaza sistemáticamente a cubrir la amortización de la deuda. En Sanlúcar no encontramos el sobredimensionado consumo secundario constatado en otras zonas de agricultura intensiva, sino la continuidad del cálculo tradicional, derivado de la indeterminación del monto de ingresos anual: la verbalización de la estrategia es que *en el campo hay que vivir todos los años igual*. Este se asume con la conciencia de que aceptar los grados de endeudamiento, el riesgo y la deuda es también construir una futura **reproducción social ampliada**. Teniendo en cuenta que la base de la organización económica de estas unidades familiares no es considerar la tierra como un negocio, sobre todo cuando la alternativa es el desempleo, y que, con la conformidad de todos, la remuneración final no tiene por qué equipararse a la de mercado, no debe sorprender la inmovilización del valor empresarial del terreno por los «nuevos agricultores». Muchos de ellos comenzaron y comienzan su andadura conscientes de que, durante los primeros años de implantación del invernadero, los recursos obtenidos pueden suponer una mera construcción o conservación -es decir, reproducción simple- del patrimonio, e incluso *«perderle dinero al campo»* si se tiene en consideración no tanto el trabajo depositado en él, cuanto el pago que han de realizar a la financiera¹⁵. Y, de hecho, en casos extremos se puede alcanzar tal nivel de endeudamiento que se ponga en peligro la conservación misma de la tierra, con lo cual el invernadero ha de abandonarse o venderse. La esperanza, sin embargo, es la futura renta-

15. «Yo lo que saco del invernadero es para pagarlo. Mientras no pague eso, yo no puedo vivir del campo. Todo es trabajar. El campo como si no existiera: cuando pase un año o dos, entonces estaré liberado. Cuando ya lo tenga todo pagado, lo que gane es para mí» («Nuevo agricultor» de El Llano, 54 años).

bilidad de la finca, no ya sólo sostener al cabeza de familia, sino también a sus descendientes, cuando éstos creen sus propias familias de procreación.

Si se pretende hacer viable esta contabilidad, la flor es el cultivo que reúne las condiciones más favorables, pero, a la vez, obliga al abandono de cualquier solución pluralizadora de las bases económicas en el grupo doméstico (eliminación progresiva de las rentas por trabajo asalariado) y de los mecanismos tradicionales de economía informal. Todo ello lleva consigo una **simplificación de las fuentes de ingreso** y la concentración de los esfuerzos familiares en la explotación propia. Como resultado de la eficacia creciente de las cada vez más reducidas y tecnificadas fincas agrícolas, los «nuevos agricultores» tienden a convertirse en agricultores a tiempo completo. Esta decisión se activará con distintos ritmos y matices en función de dos factores: la extensión de tierra disponible, y la composición familiar. A ellos habrían de unirse estrategias puntuales de acumulación inmediata, cuales sean el «ahorro para casarse» en los miembros más jóvenes, que pueden incorporarse eventualmente al mercado de trabajo asalariado. En cualquier caso, la simplificación de las rentas no elimina la permanencia del cobro del Subsidio de Desempleo Agrario, de fácil acceso para algunos miembros familiares por el conocido mecanismo de *intercambio de peonías* entre familias, si bien las prestaciones no son básicas en el presupuesto familiar de estos grupos.

En definitiva, el «nuevo agricultor» sanluqueño, y probablemente el de todo el litoral andaluz de la «agricultura punta», está asumiendo hoy los riesgos más elevados y el proceso de trabajo más exigente, aunque a veces ni siquiera los más altos niveles de intensificación y de endeudamiento (el 100% del terreno techado, el 100% de la flor) alcanzan más que a afrontar el coste de la instalación. Sin una reorientación de sus inversiones que las exonere de la carga financiera, o un alza asegurada en los precios -no sujeta a periodos cortos e incontrolados de relativa bonanza, como la campaña 1993-94- los «nuevos agricultores» sanluqueños no podrán evitar las gravísimas situaciones de autoexplotación familiar por las que atraviesan. Ya, ni siquiera es rentable la adquisición de más tierra, puesto que la mano de obra familiar está completa e intensamente ocupada, y el beneficio en los términos actuales no sería suficiente para amortizar el coste de los salarios que de esta decisión se derivarían.

Pero para ello se hace indispensable acentuar la máxima propia de los campesinos tradicionales: «*en la casa se trabaja conjuntamente y todo es para la casa*». Máxima que justifica los altos márgenes de autoexplotación obligados en el trabajo, en favor del «monto global» a que ya hizo referencia CHAYANOV. La **idealización de la unidad doméstica** es la respuesta moral más adecuada para concentrar intereses, trabajo y beneficios, en favor del bien común. Así, por ejemplo, antes que pagarles una cantidad por su trabajo, a hijos e hijas se les compensa con poco más que la cobertura de algunos gastos de ocio. Las implicaciones de esta prácti-

ca en el futuro son diferentes para unos y otras, sin embargo, puesto que no se ha abandonado la tendencia a la patrilinealidad en la transmisión de la tierra¹⁶. El momento de matrimonio es la señal por la que el padre procede a transmitir «en vida» y escalonadamente una parte de la tierra (los «pedazos») a los hijos. Durante un periodo liminal, éstos se convierten en cabezas de su propio invernadero dentro de la propiedad paterna, generalizándose el apoyo de su grupo de orientación: aportación de trabajo en fechas-punta, rebaja de la contribución a la casa durante la fase anterior a la separación..., que son formas de devolver su contribución previa. Gracias a la intensificación, una generación de antiguos navaceros ha podido permitir tácticas paralelas de escisión para más de uno de sus hijos -y, a veces, todos ellos- en la explotación y en el hogar, promoviendo así la fijación a la tierra de este segmento de población rural.

La nueva explotación y la nueva casa suelen ubicarse en el terreno del padre del marido, que es quien recibe la tierra: se quedan en la parcela familiar los hijos y sus esposas, y no las hijas y sus maridos. Las implicaciones de esta conducta son fáciles de adivinar, y se incluyen en el esquema de subordinación de las mujeres: las residentes serán las *nueras* de los propietarios, y sólo excepcionalmente sus hijas. Al quedar definidas por el matrimonio y no la filiación, se las aleja del protagonismo lineal de la familia, repetida y preferentemente construido por los varones. Ello tiene interesantes implicaciones en la vida cotidiana: las esposas de los hijos del propietario no mantienen vínculos entre sí, ni con la «autoridad» de sus suegros, si no pasan a través de la línea de sus maridos, de tal modo que serán dependientes, no sólo de sus esposos, sino de toda la familia de orientación de éstos. En cambio, la capacidad de control de los varones que se quedan terminará siendo prácticamente ilimitada, aunque se mantenga el dominio paterno, convertido ahora, a veces, en poco más que un símbolo. Es interesante destacar, en este sentido, que, a pesar de que se podría materializar la reproducción social también en todas o algunas de las hijas, la línea patrilineal de transmisión de la

16. Desde luego, tampoco ahora la transmisión será completamente rígida en todos los casos, ni siquiera entre los varones. Entre los navaceros, para compensar a las hijas, que solían recibir tierras de cultivo sólo si sus esposos eran a su vez trabajadores agrícolas sin tierra propia, se establecían fórmulas de ajuste, morales y materiales, a través de la *mejora*, o *el aforo*, pactado dentro de la misma familia, la herencia de la casa a las hijas, o la libranza a éstas de cantidades en efectivo por parte de los padres o los hermanos mejorados. Tales prácticas se siguen realizando, aunque la elevación del precio de tierra de regadío ha hecho superar una gran parte del contenido moral y familista inserto en estas prácticas. Los padres que no cumplen con la reglas de «acumulación/devolución», quienes se oponen a lo que «*es ley de vida: que los hijos vuelen*», y más aún ahora que los avances agrícolas hacen el reparto relativamente fácil, son mal considerados por los vecinos. Si el padre impide que su hijo trabaje en una explotación propia y lo impulsa a hacerlo en la paterna cuando se alcanza una cierta edad, es muy criticado por su actitud «egoísta» y su falta de consideración con sus descendientes, que rompe con las no escritas normas de reproducción de la sociedad.

tierra no se ha roto salvo en casos excepcionales¹⁷, amparándose en gran medida en el falseamiento de la actividad productiva dominante, valorada como masculina. Si la institución del «pedazo» representa la puesta en práctica de una regla de devolución, no extraña que el reparto siga sin afectar a las mujeres, cuya aportación y bolsa familiares se construye ideológicamente en términos de «ayuda» intrínseca a su condición femenina.

4. CONCLUSIONES

La década de los años 80 ha marcado una transformación radical del paisaje agrario de las pequeñas explotaciones andaluzas, gracias a la introducción y difusión de la «nueva agricultura». En Sanlúcar, esta se ha vivido a través del paso «de navacero a nuevo agricultor», que ha permitido la superación de una segunda crisis de reproducción de la agricultura tradicional, ha implicado cambios relevantes en las estrategias previas y ha desembocado en la definitiva reforma del paisaje social tradicional de los pequeños agricultores sanluqueños.

Los campesinos han encontrado en las posibilidades ecológicas, la internacionalización de la compra-venta de los productos agrarios, la doble política administrativa de prestaciones e infraestructuras, las condiciones locales de distribución de la propiedad, y la ausencia de costes de oportunidad en una situación de desempleo estructural, importantes factores de mediatización o inducción frente a sus cálculos y tomas de decisión tradicionales. El éxito de la «nueva agricultura» radica en que permite un ajuste entre las necesidades de equilibrio de la exigua oferta del mercado de trabajo local, y los objetivos de reproducción social propios de los grupos domésticos a los que tales innovaciones afectan. A través de ella, se ha permitido la anhelada reproducción social ampliada, por procedimientos de reparto y multiplicación de explotaciones, cada vez más intensivas y tecnificadas pero también cada vez más demandantes de mano de obra y endeudadas., Un factor incardinado en la cultura del trabajo de los «nuevos agricultores», que ha impulsado la decisión por el techado, ha sido la importancia concedida al trabajo autónomo: la «nueva agricultura» permite una solución de pleno autoempleo para el antiguo navacero y sus hijos.

Para alcanzar el efecto centrípeto que requiere la «nueva agricultura», se hace necesario idealizar extremadamente el sentido de la «unidad familiar», y que la

17. Sólo en algunos casos, en que se produce el matrimonio con parejas sin medios de producción propios, las hijas reciben tierra, hecho que está determinado por las particularidades de sus cónyuges, y no por el reconocimiento de las suyas propias. En caso contrario, se incita a las hijas a la renuncia o a contentarse con algún dinero, la casa u otros bienes secundarios, como puede ser un pequeño campo de viña.

persona sea antes «familia» que «individuo» en el contexto de las «familias-explotaciones». Se da así la aparente paradoja de que, para hacer posible la forma más moderna e intensiva de producción agrícola, es preciso mantener, e incluso acen-tuar, valores tradicionales, arcaicos, anclados en la tradición campesina, en base a criterios como el «bien común» o el «favor» por parte de familiares, vecinos o ami-gos. La mistificación familiar (y su reflejo en la «bolsa doméstica») describe como complementario, además, lo que es un desigual reparto de parcelas de poder, es-tablecido en base a las dos jerarquías padres/hijos y hombres/mujeres. A la cons-trucción comunitaria de la familia (como unidad de producción y consumo) se unen formas de ayuda mutua integrupal asada en la reciprocidad, que se entienden como un intercambio de colaboraciones que se rige por unas leyes no escritas de obliga-ción.

En definitiva, la «agricultura punta» se está construyendo en Sanlúcar sin un paralelo beneficio o justa compensación *para* la familia del valor de lo producido *en* la familia campesina. En el modo de producción capitalista no existe una sola forma de explotación máxima del trabajo, ni un solo modelo de funcionamiento en la extracción de plusvalía. La estrategia fundamental de este tipo de agricultura familiar andaluza (utilización indiscriminada y flexible de la mano de obra sin co-responder con tipos fijos de retribución pecuniaria, orientación económica subya-cente de «trabajar mientras se pueda, aunque se gane poco») parecería ser un reducto campesinista, pero, lejos de su pretendido carácter, para algunos, de «resi-duo autónomo», se encuentra plenamente articulada con la lógica de acumulación del capital, a la que sirve externamente. Como sucede con otras formas producti-vas o de servicio que han sido inadecuadamente calificadas como «no capitalista» (trabajo a domicilio, economía informal, industria difusa, formas de servicio no monetizadas, trabajo doméstico femenino, transferencias en el cuidado de los an-cianos), creemos que las pequeñas explotaciones de «nueva agricultura» andaluza bien podrían entenderse como un *oligopolio difuso* más (DANEO, (1972)) y, cada vez con mayor significación, demuestran ser una base fundamental de extracción de beneficios.

Complementariamente, la «agricultura punta» de Andalucía se está constru-yendo sobre unos *costes sociales y educativos* muy altos. La imagen que puede ofrecer externamente la «California europea» está enmascarando situaciones nue-vas de más que dudosa calidad de vida, en que la intensiva aplicación de mano de obra hace interminables las jornadas de trabajo; las mujeres se ven presionadas más que nunca por la necesidad de hacer compatibles las faenas de la explotación familiar y las actividades domésticas, que siguen siéndoles asignadas como resul-tado de una «visión natural» (y no social) del trabajo. Las faenas agrícolas ocupan ahora horarios nocturnos, e incluso las madrugadas en las fechas-punta, y llevan a situaciones extremas calificables de «triples» e incluso «cuádruples jornadas».

Aquellos que en otra época fueron beneficiarios de los avances técnicos, mecánicos y químicos, como los niños y los ancianos, sufren ahora los perversos efectos de estos mismos avances: los niños abandonan las escuelas en los periodos de recolección; los viejos, bajo el velo ideológico de «*distraerse*» o «*ayudar a los hijos*», tiene que reintegrarse a una actividad que quizá habían abandonada años atrás. Las condiciones de vida bajo las invernaderos son duras; los grados de calor que se alcanzan son extremos; la toxicidad se eleva como consecuencia de la aplicación, a veces desmedida, de fuertes compuestos químicos; el corte, el *remetido* y otras faenas conllevan un importante desgaste corporal; la incidencia sobre el medio ambiente y la dudosa inocuidad de los que se llaman «productos de primor» en el mercado, son algunos costos más, de tipo social y también ecológico, de que debemos dar testimonio.

Entre los «nuevos agricultores», además, el «balance consumo/trabajo» y la capacidad de reducir el consumo y el coste de reproducción de la fuerza de trabajo, presentan hoy algunos matices distintos y que hacen difícil aplicar la teoría chayanoviana en contextos muy distintos a aquel sobre el que fue elaborada. Desde el momento en que, como en nuestro caso, las fincas necesitan estar muy capitalizadas, el equilibrio marginal del que hablaba CHAYANOV sufre una ruptura: la intensificación del grado de autoexplotación se hace obligada. Ahora depende sólo de la «condición óptima» con que el campesino la volver, sino también, y mucho, de las exigencias externas y, sobre todo, del peso de la deuda financiera, que no hace posible el incremento del trabajo hasta los límites de la «falta de utilidad del trabajo marginal» y la «satisfacción» a que el autor aludía. Sólo con la acentuación del margen de autoexplotación y la minimización de los costes salariales, gracias al recurso a la mano de obra familiar, se consigue el necesario aunque siempre escaso capital que permite incorporar la explotación a una imparable carrera de innovaciones agrícolas. Sólo gracias a la sobreexplotación de la fuerza de trabajo familiar, estos invernaderos pueden ser viables; y sólo con su no retribución es posible vender el producto a un precio que permita obtener un incremento destinado a recapitalizar la finca cada campaña. El proceso es cerrado y circular.

BIBLIOGRAFIA

- BARLETT , J.
 1980a «Adaptative extremamenStrategies in Peasant Agricultural Production» *Annual Review of Anthropology*, 9, pp. 545-573.
 1980b *Agricultural Decission Making: Anthropological Contributions to Rural Devolopment*. New York Academic.
- BARTH, F.
 1959 *Political Leadersihp Among Sivat Pathans*, Athlone, Londres.
- CONTRERAS, J.
 1984. «La teoría de la «modernización» y su concepto de cultura campesina: reflexiones criticas», en SEVILLA GUZMAN, E., *Sobre agricultores y campesinos*, MAPA, Serie Estudios, Madrid, 1984, pp. 109-149.
- CRUCES ROLDAN, C.
 1992. «Dinamización y crisis de reproducción en la agricultura familiar de Sanlúcar de Barrameda», *Revista de Estudios Andaluces*, 17, pp. 85-111.
 1993a: «Los nuevos procesos de trabajo en la «agricultura primor». Explotación familiar y participación femenina en Sanlúcar de Barrameda», *Cuadernos de Antropología del Departamento de Antropología Social, Sociología y Trabajo Social de la Universidad de Sevilla*, nº 8, pp. 1-50.
 1993b: «Intensificación productiva y «culturas de trabajo»: la «nueva agricultura sanluqueña», *Sistemas de identidades y su expresión en las sociedades locales*, Actas del VI Congreso de Antropología, vol. 3, pp. 65-89, Tenerife.
 1993c: «Opciones familiares y legitimaciones familistas en la nueva agricultura andaluza», en *Nuevas perspectivas en le estudio del parentesco y la familia*, Actas del VI Congreso de Antropología, vol. 4, pp. 277-290, Tenerife.
 1994a: «Las pequeñas explotaciones de viña en el Marco de Jerez. Lógica doméstica y crisis de reproducción», *Revista El Campo*, Banco Bilbao Vizcaya, Julio 1994.
 1994b: *La agricultura de primor andaluza*. Fundación Blas Infante y Ministerio de Cultura, Sevilla.
 1994c: «De la colonización a la nueva agricultura. Evolución y dinámica de la agricultura familiar en la «Colonia Agrícola del Monte Algaida» (Sanlúcar de Barrameda), *Agricultura y Sociedad*, nº 70.
- CHAYANOV, A.V.
 1974. *La organización de la unidad doméstica campesina*. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires (1ª edición, Moscú, 1925).
- DANEO, E.
 1972. *Agricoltura e svilupp capitalistico in Italia*. Giulio Einaudi, Ed. Torino.
- FRIEDMANN, H.
 1976. «World Market, State and Family Farm: Social Bases of household Production

- in the Era of Wage-Labor» en *Comparative Studies in Society and History* 20 (4) pp. 545-586.
1980. «Production and the National Economy: Concepts for the Analysis of Agrarian Formations» en *The Journal of Peasant Studies*, 7 (2) pp. 158-184.
- FRIGOLE, J.
1975. «Creación y evolución de una cooperativa agrícola en la Vega Alta del Segura desde 1962 a 1974», en *Revista de Estudios Sociales* 14-15, pp. 167-200.
- HARRISON, H.
1977. «The Peasant Mode of Production in the Work of A. V. Chayanov» en *The Journal of Peasant Studies*, 4-4, 323-337.
- JULIANO, D.
1988. «Las cooperativas de producción como estrategias de transición en áreas de productividad vinícola media» en *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 6, pp. 193-206.
- MARCHENA GOMEZ, M.
1987. *Territorio y turismo en Andalucía*. Consejería de Comercio y Turismo Junta de Andalucía, Sevilla.
- MARQUEZ DOMINGUEZ, J.
1988. «La nueva agricultura andaluza», en *Geografía de Andalucía*, Editorial Tartessos, Sevilla.
- MARTINEZ VEGA, U.
1990. *Antropología económica. Conclusiones, teorías, debates*. Icaria, Barcelona.
- MORENO NAVARRO, I.
- 1991 «Identidades y rituales», Estudio introductorio, en PRAT, J.; U. MARTÍNEZ VEGA; J. CONTRERAS E I. MORENO, *Antropología de los pueblos de España*. Taurus, Madrid, pp. 601-636.
- NAROTZKY, S.
1988. «Hecha la ley, hecha la trampa: el espíritu «cooperativo» en la transición», en *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 6, Barcelona, pp. 207-221.
- PEREZ TOURIÑO, E.
1983. *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*. MAPA, Madrid.
- RODRIGUEZ ZUÑIGA, M. y R. SORIA (COORDS.)
1985. *Lecturas sobre agricultura familiar*, MAPA, Madrid.

